

ANTONIO CANTERO: IZNAJEÑO DEL AÑO

PINTAR IZNÁJAR

Plumillas, óleos y acuarelas de su pueblo natal acuden a mi memoria en estos días estivales, mientras imagino al artista Antonio Cantero enfrascado en su estudio de pintura, trabajando con la misma ilusión y el enérgico entusiasmo de siempre. La Comisión de Cultura del Ayuntamiento de Iznájar y la Cofradía de Ntra. Sra. de la Piedad me han encargado estas líneas que escribo a vuelapluma por las urgencias editoriales de última hora, aunque seguramente dictadas más por el corazón que por el intelecto, pues la amistad de A. Cantero me honra desde hace ya muchos años.

Ante la obra de este artista no me queda más remedio que descubrirme, pues su arte no tiene límites ni fronteras. La puerta hacia lo universal es a menudo muy pequeña, casi una ratonera, es la puerta de lo particular: su Cuesta del Rey, el Llano, la Ermita, el Viejo Castillo Árabe semiderruido, la Fachada de las Columnas, el San Rafael, Las Peñas, el Coso, el Calvario o la Venta. Estos paisajes íntimos, estos rincones de su pueblo configuran un espacio artístico, un territorio casi mítico, un escenario vivido, pero soñado e imaginado en la lontananza, muy bien descrito con los trazos del pincel y la plumilla.

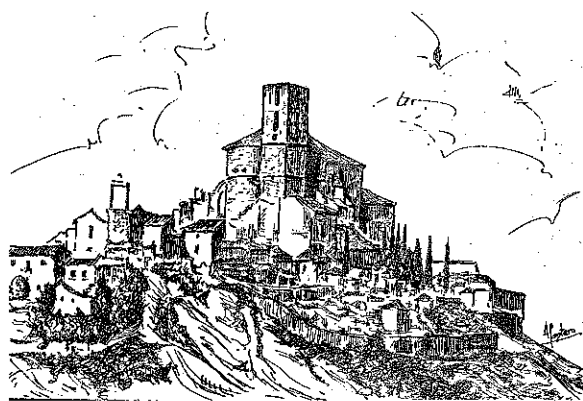
Antonio Cantero se siente a sí mismo "iznajeño de nacimiento y de sentimiento. Iznajeño de raíz porque me importa Iznájar, Iznájar me hace llorar y me hace reír, me apasiona y me enorgullece".

Por este motivo hay pasión iznajeña en sus óleos y grabados. De sus cuadros se despliegan viejas murallas árabes encaramadas a la roca iznajeña, vuelan palomas sobre la Virgen de la Piedad, cabalgan jinetes por la Feria Real; hay mocitas engalanadas, que se deleitan con el abanico, mientras oyen susurros al oído de enamorados y se pasean con vestidos de faraloes y trajes de fiesta, que destellan tanto como sus quince años. Junto a las rejas engalanadas con flores y mantones, con colchas de seda y macetas, en los óleos de Cantero asoman guitarras y castañuelas, jazmines, nardos y damas de noche, dondiegos y dompedros, nardos y claveles reventones, compitiendo con los gladiolos.

Las mozuelas siguen calle arriba y abajo, con mantillas bordadas, desde la Ermita hasta la Venta y luego por tu Puerta del Rey hasta la Plaza de San José para acompañar a Nuestra Patrona el día 8 de septiembre.

La luna derrama sobre esa noche iznajeña esencias morunas, notas musicales arábigo-andaluzas, aromas cristianos que ascienden del Genil y perfuman estas tierras surcordobesas, embrujadas y verdes de olivares, en las últimas estribaciones de la Subbética Cordobesa, donde ya nacen las provincias hermanas de Granada y Málaga.

Cantero ha querido pintar cada detalle de su Iznájar, desde la arquitectura tradicional hasta sus tipos populares, pero sobre todo a su Virgen porque su gran tesoro es ser de Iznájar, ser iznajeño, tal como escribió en su



Pregón de las Fiestas del año 1980, recogido ahora en un hermoso libro que publicó el Ayuntamiento de Iznájar hace un par de años.

Fue Cantero uno de los artífices que lucharon por recopilar y difundir los pregones de las fiestas septembrinas de Iznájar. Sus plumillas ilustraron aquellas páginas selectas de la historia iznajeña, donde se acumulan historia, tradiciones, cultura, arte, literatura, gastronomía y leyendas.

Iznájar tuvo la suerte de que su hijo y artista A. Cantero naciera aquí y de que, residiendo lejos como tantos otros iznajeños, lleve siempre dentro su iznajeñismo: "Nacer o crecer en este pueblo supone no estar en el pueblo, sino ser el propio pueblo. Y ya no importa vivir separado en la distancia, como por imperativos de la vida me ocurre".

Por eso en sus libros, en sus poemas y en sus cuadros Cantero cantará siempre "loco de razones ese poema único, ese poema alegre, ese poema sentido desde lo más profundo de mi alma... ese poema de locura que es Iznájar y su Virgen de la Piedad".

Sigue el poeta, en su magnífico pregón de la Feria Real: "Ya no es el viento ni el aire, ni los campos ni el cielo, ni la mañana ni la



luz, ni esas casas lujuriosas de cal, ni ese viejo castillo coronante, ni la placidez de las aguas de su entorno. Es el amor que se agita por dentro, que abraza el corazón, que es capaz de dar al paisaje color, a la noche soledad, a las tierras y campos matices nunca vistos, a las aguas transparencias, a los hombres hondura y nobleza".

Decir Cantero es como decir pintar Iznájar con palabras y acuarelas: calles, tejados y farolas; encinas centenarias y verdes olivares; retamas, romero, tomillo y matagallos, orégano y albahaca, nardos y azucenas, para engalanar el trono de la Patrona de su pueblo. Las norias del Genil y las estampas costumbristas de las huertas iznajeñas, hoy bajo el Pantano, con sus puentes inundados por el agua, rememoran otros tiempos inolvidables, casi paradisiacos como la infancia perdida, para este artista iznajeño que cuando se torna pregonero canta a su pueblo, a su gente y a su Virgen de la Piedad.

¡Qué grande ese día!, que se inicia - en palabras del propio Cantero- "con el armónico rasgueo de bandurrias y guitarras, flautas y panderos, con esa aurora mariana y piadosa, allá cuando el canto de los gallos múltiples y frenéticos, es como un himno de gloria, saludando la esperanza del nuevo día que, tímidamente, apenas asoma con un resplandor indefinido todavía".

Al llegar la noche de ese ocho de septiembre, el artista plástico dibuja "el trono de la Virgen, de luz y color, de amor y gracia, arrullado por el tintineo de sus alegres campanillas". Cuando va acercándose la Feria, todos empezamos a soñar con el cartel de la Feria y la portada de la revista, que durante los últimos años el amigo Antonio Cantero ha ido engalanando y vistiéndola de lujo festivo, de arte y de sentimiento apasionado. Antonio también ha dibujado con plumilla y

ha coloreado como nadie las escenas de la Semana Santa iznajeña, ha recreado cada momento intenso de El Paso, ha sabido seleccionar y expresar con originalidad la esencia íntima de su pueblo.

No me cabe duda de que A. Cantero sabe lo que significa iznajeñar, ser iznajeño fuera, en la diáspora de la emigración, recordar cómo olía el tamo y la paja recién trillada en las eras después de las primeras lluvias del verano, el sonido cansino de las cangas y garabatos con las gavillas de mieses que barcinaban los iznajeños con sus bestias. Cantero sabe lo que es madrugar para varear los olivos y echarse de rodillas al suelo para recolectar el preciado fruto, transformado luego en el molino en dorado aceite, en joya de nuestra gastronomía. Sabe mucho Antonio Cantero de las fiestas de palillos y de las veladas de poetas en los días señalados de fiesta. No digamos de San Marcos, de la Nochebuena iznajeña o del Carnaval.

Antonio Cantero, como buen funambulista del arte, sabe moverse del Iznájar real al imaginario y en sus versos ha demostrado que también es poeta. Quién no recuerda su página anual en esta misma revista, con sonetos y composiciones poéticas, cuyas estrofas resumen con arte inigualable la vida cotidiana de nuestro pueblo y de Andalucía, durante el pasado medio siglo: gañanes, arrieros, hortelanos, trabajadores del campo, que de sol a sol no dejaban de cantar, siempre alegres.

Todo el pueblo de Iznájar está retratado con la pluma literaria o con el pincel de Antonio Cantero: "Iznájar es un poema construido con versos de sol y de brisa, de luz y de color, de calles luminosas y sombras profundas, de susurros de aguas, de aromas de ensueño y de tranquila paz".

A mí no me queda más que seguir soñando con saludar al amigo Antonio Cantero en su casa de la Puerta del Rey, cada ocho de septiembre. Mientras hacemos un descanso, sedientos, en el recorrido de la Procesión, él nos agasaja con un trago de agua fresquita de ese porrón que tiene preparado para los amigos y nos enseña lo que dibuja o nos entrega el libro de versos recién salido de la imprenta.

Manuel GALEOTE